

del Gran Acuerdo, miran con interés las reformas de agosto a nivel de Ministros y Gobernadores. Sin embargo, no abandonan la cautela: quedan temas irritativos sobre los que no se pronunció la palabra final. Se adoptan medidas económicas que emparchan pero no alteran el trasfondo del programa, justo cuando estaban negociándose cargos. No hay decisión acerca de candidaturas. Y lo que más preocupa a la Casa Rosada: Perón persiste en su negativa a condenar la acción sediciosa, que el jueves se cobraba la tercera víctima castrense (página 16). Esa mañana, el secretario José López Rega, con un pie en el avión que lo regresaría a Europa, ratificó al periodismo que no vino a pedirle a la guerrilla que cesara en su lucha, "ya que en este momento el país necesita que tenga su guardia en alto".

El mismo oráculo López Rega ocupó buena parte de su periplo porteño en gestiones sobre el medio sindical, evidenciando más que nunca que el meridiano cegetista pasa por el inveterado péndulo de Puerta de Hierro. Mientras el emisario del Líder traía una epístola donde éste otorgaba pleno apoyo a José Ignacio Rucci ("usted está, en la verdad... contra la falsedad y la insidia"), el *medium* mediador aprovechó los diez días en Buenos Aires para conversar con *Los 8*. PRIMERA PLANA (Nº 443) adelantó que Lorenzo Miguel había comenzado a reunirse con los anatematizados del vandorismo, en torno de un posible —casi seguro— indulto desde la quinta 17 de Octubre. Entre las misiones que trajo el secretario privado figuraba buscar una solución en el espinoso problema que se debate en la CGT a partir del retorno de Rucci. Es que el deseo de todos, Perón inclusive, es reorganizar *Las 62*. Y en eso están. Claro, surge un gran escollo. Los sesenta sindicatos que suscribieron la solicitada carecen de comunicación con el sector político del peronismo (Paladino). Lo que equivale a desconocer al caudillo de las *seis-dos*: Adolfo Cavalli, sostenido por Perón. López Rega, entonces, se convirtió en el nexo entre *Los 60* y el jefe máximo del Justicialismo. Al menos, ya tuvieron lugar los primeros escarceos. Como reemplazante habría quedado Lorenzo Miguel, aunque las condiciones de negociador que presenta el directivo metalúrgico no son demasiado notorias.

Mientras tanto, en Ginebra, el pope de la UOCRA y portavoz del llamado *participacionismo* discurseaba en el Congreso Internacional de la Construcción, Ingeniería Civil y Obras Públicas. No hablo, dijo, "para exponer problemas de entrecasa. Pensamos que no es de buen argentino usar estas tribunas internacionales para plantear nuestras luchas partidarias". A quien le caiga el sayo, que se lo ponga. ⊖

EL CADAVER PEREGRINO



Restos de Evita: Sin descanso.

El Gobierno Nacional "excluye todo tipo de negociaciones", mientras se esfuerza "con decisión irrevocable y dentro de la lógica reserva que debe imperar en estas actuaciones, para localizar los restos de la señora María Eva Duarte de Perón, de cuya desaparición este Gobierno no es responsable". Las secas sentencias del comunicado que la Presidencia dio a conocer el lunes pretendían aventar la especulación periodística.

No tuvo éxito: el martes, *La Razón* desgranaba una larga crónica cuya única novedad era la especie de que el cuerpo de la segunda esposa de Perón ya estaba ubicado y, en cuanto se ultimasen ciertos trámites, lo entregarían a su marido para que lo conservara en la cripta barcelonesa de la Orden Mercedaria. El Vaticano —supuesto depositario del trashumante cadáver— repetidas veces desmintió saber dónde se hallaba. En la última semana, nuevamente una personalidad religiosa —monseñor Victorio Bonamín, Provicario de las Fuerzas Armadas— fue girada como agente de otro traslado de los restos. La versión se fundaba en el hecho auténtico de que, al volver de Roma, estuvo unos días en Madrid con el Embajador Jorge Rojas Silveyra.

En esferas vinculadas a la Iglesia argentina, PRIMERA PLANA recogió una negociación más: Bonamín viajó a España con motivo del Año Santo Compostelano y sus contactos a nivel oficial fueron los propios que corresponden a su función castrense. Los mercedarios hispanos se sumaron al mentís. Ese es el contexto sobre el que habrá de interpretarse la declaración presidencial del lunes. El misterio persiste.

Lo indudable es que si desea averiguar el paradero de Evita, es precisamente dentro de su Gabinete y en

las filas de las Fuerzas Armadas donde el actual Presidente y Comandante en Jefe debe realizar sus sondeos. En la noche del 22 de diciembre de 1955, un piquete de militares que obedecían órdenes del teniente coronel Carlos Eugenio Moore Koenig, titular del Servicio de Informaciones de Ejército, y de su segundo, mayor Eduardo Antonio Arandía —entre ellos se contaban el capitán de navío Florentino Rodolfo Fráscoli y un mayor Gandolfo—, retiraron el cadáver de la sede cegetista. Diez infantes de marina al mando de los capitanes Lupano, Alemán y Gotten, junto al teniente de navío Fraga, contemplaron la maniobra. El embalsamador español doctor Pedro Ara, que velaba por su obra maestra, dejó sentada su protesta. Apenas logró retener un escudo justicialista y el rosario que Pío XII obsequiara a Eva Perón durante su travesía vaticana. Desde entonces, el cadáver iniciaba una peregrinación incansante.

Estuvo en el Regimiento I de Infantería de Marina, a bordo de un camión. Luego, dentro del mismo vehículo, se estacionó sucesivamente en la esquina de Viamonte y Rodríguez Peña, Riobamba y Tucumán. La primera semana de 1956 se lo llevó a un depósito que el SIE tenía en Sucre 1835, Belgrano; finalmente, a casa del mayor Arandía. Reposó dentro de una caja de embalaje hasta la madrugada en que Arandía —dormía sobresaltado—, al escuchar ruidos en la oscuridad, mató accidentalmente a su mujer. Al día siguiente fue transportado al SIE, Callao y Viamonte. Allí, en el cuarto piso, entre cajones con el rótulo de *equipos de radio "La Voz de la Libertad"*, reposó sobre un armario. Luego, bajo el escritorio de Moore Koenig, donde lo descubrió en junio de 1956 su reemplazante por 30 días, coronel Mario Cabanillas. Comunicado el hallazgo al Ejecutivo, se dio orden de "dar cristiana sepultura a los restos". Por ese entonces, el capitán de navío Francisco Manrique se desempeñaba como jefe de la Casa Militar de Pedro Eugenio Aramburu. El recibió la misión de cumplir con el piadoso mandato. Para despistar, a través del coronel Héctor Cabanillas, instrumenta dos operativos: Misión Europa (Bruselas, Bonn, Roma, a cargo del teniente coronel Gustavo Ortíz) y Misión Africa del Sur (encomendada al coronel Hamilton Díaz). Al parecer, Pedro Eugenio Aramburu murió en manos de los Montoneros sin revelar el secreto. ¿Lo sabría? ⊖